

10A

DESDE LA SILLA DE AL LADO...

Hoy he venido al HUF para operarme...

Y me he dado cuenta de que no soy el único. Vamos que esto es más común de lo que me esperaba.

Pues justo, esperando mi turno para admisión, se me sentó al lado un señor, que con humor me dijo cómo íbamos a terminar tontos de tantas máquinas, y me recordó a mi abuelo, por lo siguiente: esto no nos pasará a los que venimos de usar la azada" ... dijo sonriente.

Sí, seguro que venía del huerto, algo que nadie diría, porque sus ropas y su olor era de lo más agradable... Así nos despedimos, porque ya me tocó y casi sin despedirme, me fui como verdadero autómatas a donde indicaba la pantalla.

De ahí me mandaron a otro mostrador, de información:

- ¿Y viene usted solo?

- Pues sí, mire.

- ¿Pero de qué le van a operar?

- Pues nada, que vengo hoy a que me toquen los testículos, y usted lo está empezando bien... (lo pensé, pero mi respuesta fue mucho más amable, os lo puedo asegurar).

Creo que, aunque intenté disimular, para mí, ya todo el mundo sabía que era lo que me iban a hacer...

Algo lo suficientemente grave como para venir a hacerlo solo, sin querer dar muchas explicaciones y casi arrepentido.

Pues, así y todo, me pusieron la pulsera, cual argolla que me ataba a mi triste futuro, "puede usted subir a la planta tercer, y al fondo a la derecha", o ¿era la izquierda? Para mí ya todas las indicaciones me parecían que me sentenciaban...

Así que, inconsciente de mí, subí con el ascensor, porque si te soy sincero, las piernas me temblaban, para subir por mi propio pie, ni aún en las escaleras mecánicas. Mi suerte estaba echada, sólo faltaba el descabello.

Y allá que te voy otra vez a la sala de espera, pero ahí sí, cada uno a lo suyo, sin rozarnos siquiera, no fuera que se nos contagiase lo que fuera que cada uno de ahí mismo, nos fueran a mutilar.

Todos, menos una pareja, que más bien, parecía que estaban embarazados, y que ahí no se trataba de mutilaciones, sino de todo lo contrario... Esos si me miraron con

misericordia y me cedieron el “buenas tardes” que yo me había negado desde la madrugada anterior, que había pasado en vela, cual caballero andante en la posada del camino, para prepararme a rescatar una Dulcinea imaginaria.

Ya sólo quedaba esperar el toque de corneta, y ahí estaba, mi número de identificación apareció en la pantalla, cual. Salió una amable enfermera, a pedirme si tenía una moneda; a lo que, perplejo de mí, dije que sí, que llevaba siempre conmigo aquella de plástico que un día en mi más tierna infancia me regalaron en el Lidl, para poder coger un carro.

Entonces ya puede desvestirse y prepararse para el tercio de varas, ya que había atravesado con creces la primera puerta de chiqueros. ¿Habrá venido rasurado? Porque se nos ha acabado la espuma y las cuchillas, hace días que no las pasan por la piedra pómez... ¿En serio me estaba pasando aquello a mí? ¿No me lo podía creer?

Cuando de repente una voz más grave, me hizo ser consciente que había estado dormitando. Quizás por el exceso de Valeriana que me habían sugerido que ingiriese, para estar más sosegado ante el cirujano.

Pues no acababan ahí mis sorpresas, cuando ya en mi silla de ruedas, me hacen el paseíllo por los largos pasillos, donde no sé por qué no nos asignan un GPS, por si nos perdemos... hasta el quirófano pulcramente adornado para tan especial ocasión. Y ahí faltaba el cochinito, porque los cuchillos, ya te digo yo que sí que estaban, y bien afilados.

Relájese, a lo que me atreví a replicar, que si ellas lo estarían en mi lugar? Y sí, habéis oído bien, en mi ensoñación ya no sabía lo que era realidad y lo que imaginario, pero ahí estaba yo con dos diestras toreras.

Ya me habían dicho, que, aunque yo no soy asiduo de las plazas, de un tiempo a esta parte, incluso se ven mujeres con el estoque. Pues me tuve que frotar los ojos, y limpiarme de nuevo los oídos, cuando entre risas, estaban preparadas para la fiesta, a la que me habían invitado. Así que pasé a ser el plato principal de tan alegre misiva.

Y sí, eran dos, una diestra y otra “siniestra”, para terminar cuanto antes; y para que no me escapara, cual plaza circular, amablemente me ataron los brazos, no sea que saliese por patas, tan buen novillo.

Fue todo rápido y me salto por encima los detalles, que esto iba a ser corto.

Pues cuando ya estaban acabando la faena, me subió un calorcillo por la entrepierna, hacia el estómago, a lo que me alegré no haber ingerido sólido desde la noche anterior.

Y menos mal que avisé, porque me veía sin conocimiento y me iba a perder los preámbulos de la deliberación de cuántas orejas les concederían. Menos mal, sólo se quedaron con dos, puesto que lo siguiente me hacía temer que no podría defenderme, al menos me dejaban con la posibilidad de seguir caminando, aunque fuera, cual anciano magullado.

Y así me llevaron a la sala de reanimación, a recuperar el aliento, que casi me dejo en el suelo, porque me habían vapuleado cual carne machada para un rico cachopo.

No hace falta que os diga cuál era el motivo de mi visita al hospital...

Pues sí, ese mismo era yo. El de los colgajos por el pasillo y que salió sin orejas y sin... vergüenza, pero con una sensación... de que esta vez no había sido yo el de la silla de al lado, si no que había pasado a ser el protagonista de la novela de la siesta.